

Recensiones

MARÍA CÁTEDRA (ed.): *La mirada cruzada en la Península Ibérica. Perspectivas desde la antropología social en España y Portugal*. Los libros de la Catarata. Madrid, 2001

Sostener la necesidad de superar fronteras políticas para establecer mecanismos que permitan la cooperación entre investigadores de países diferentes se ha convertido en uno de los más reiterados tópicos que transitan las Ciencias Sociales. Apparentemente no resulta difícil sobreponerse a los condicionantes que impiden llevar a la práctica tales intenciones cuando se habla de países distantes. Cuestión diferente es lo que acontece cuando la relación que se pretende constituir afecta a países cuyo vínculo es de vecindad.

Justamente por tal motivo hay que saludar la aparición de una obra que, sobreponiéndose al estereotipo, hace de la confusión entre límites teóricos, simbólicos y administrativos preámbulo para la reflexión. *La mirada cruzada en la Península Ibérica*, cuyo subtítulo —*Perspectivas desde la antropología social en España y Portugal*— anuncia nítidamente sus pretensiones, presenta catorce consideraciones críticas producidas por antropólogos de ambos países sobre algunos problemas centrales de las ciencias sociales contemporáneas.

Tal vez no sea excesivamente sorprendente que el grupo de antropólogos reunidos por la editora del volumen, María Cátedra, en un Seminario celebrado en Ávila en el año 2000 —y que ya ha tenido continuidad en Portugal en el presente año— constata que el punto de partida de la reflexión transfronteriza ha de asumir, en palabra de José Luis García, que «nuestros límites temáticos y teóricos [están

marcados] siguiendo las fronteras política y socialmente trazadas». Subrayada por los hechos esta conjetura, preciso será acceder a su corolario que sostiene que la conjunta disolución de las fronteras administrativas llevada a cabo por científicos sociales de orígenes dispares comporta de facto una indiscutible apertura en el campo del saber. Consecuencia de la misma es el «universo deliberadamente heterogéneo», al decir de José C. Gómez da Silva, con el que el lector de la obra se tendrá que medir. Sin embargo, tal carácter hace que la «extraña proximidad» existente entre España y Portugal haya sido sustituida en la obra por una yuxtaposición de perspectivas sobre relevantes problemas sociales —identidad, diversidad cultural, comprensión de la historia, cambio cultural, etc.— que, además de contradecir el vivo diálogo en el que cotejaron en su gestación, sólo en contadas ocasiones deja lugar para que la «insondable distancia» se convierta en el principal argumento de discusión.

Se echa a faltar, en ese sentido, que no haya sido aprovechada la ocasión para reflexionar sobre lo que une y separa a las antropologías española y portuguesa o, en su defecto, que las miradas de los participantes cruzarán con mayor libertad la demarcación fronteriza. En compensación, el conjunto de artículos que componen la obra aglutina un variado muestrario de representaciones de la realidad social que desde parámetros interpretativos diversos conducen al lector a terrenos preciados para la antropología social.

Por otra parte, las suspicacias que desde hace más de un siglo mantiene la antropología ante las generalizaciones, aunque necesarias siempre arriesgadas, limitan en esta obra el

análisis comparativo al trabajo que presenta María Cátedra sobre la construcción simbólica en las ciudades. En una ajustada síntesis de la historia de la antropología urbana, la editora del libro, lleva a cabo una confrontación del simbolismo de dos ciudades ibéricas. Ávila y Évora, desde un enfoque que funda su evolución histórica en dinámicas de carácter regional. Desde este punto de vista, se descubre, por una parte, cómo el curso del tiempo ha ido mutando el «imaginario» de estas dos ciudades en función del entrecruzamiento de contextos locales y otros que se sitúan más allá de los muros que las afianzan. Se evidencian, por otra, las consecuencias teórico-metodológicas que se siguen de la elección de una orientación u otra en el análisis de lo simbólico. Prueba incuestionable de este aserto nos la ofrece Manuel João Ramos contando con la inestimable ayuda de Humpty Dumpty, el personaje ovoides utilizado por Lewis Carroll para mostrar que lo arbitrario de los significados no depende de quien usa las palabras sino de quien manda. Ramos advierte que la reutilización continua en el ámbito de lo simbólico de ciertas categorizaciones nos sitúa al borde de los peligros inherentes al «eterno retorno del dualismo». A la vez, esta apuesta por una autodenominada «deontología cínica» permitiría un inestable equilibrio entre las recontaminaciones autolegitimadoras de la práctica discursiva dicotomizante y la del absurdo tautológico.

Si Manuel João Ramos discute con Borty, Wittgenstein o Cadamer, utilizando a Leach como linterna, para proporcionar claves que permitan domesticar unicornios lingüísticos, Enrique Luque acompaña algunas de las ideas sobre la comunicación no verbal de Burling con la reflexión de Balandier y Bourdieu sobre la teatralización de la política. Desde esta perspectiva muestra cómo la información política emanada desde las élites gobernantes es siempre unidireccional y, de hecho, nada transmite aunque haya mensajes. Con todo, las temáticas de estos dos autores no se hallan muy alejadas pues Luque, en última instancia, no puede abandonar la reflexión acerca de lo simbólico al percatarse de que está indagando acerca de los propósitos que subyacen a las señales y símbolos de una comunicación cuyo único *feed-back* es la aceptación de lo propuesto por los dirigentes.

La reflexión teórica de Luque halla una concreción nítida en la higiénica indagación que Antonio Medeiros proyecta desde Portugal sobre la soterrada disputa por la apropiación simbólica que tiene lugar en Galicia entre las instancias autonómicas oficiales y en los nacionalismos gallegos. En esta pugna, la aparente lusofilia, «menos mal que nos queda Portugal», es observada desde el sur del Miño básicamente como un recurso de corte irónico ligado a una folklorización de la vida política. La reflexión portuguesa sobre Galicia halla un contrapunto con la española sobre Évora que despliega Leopoldo Llanca al observar la particular movilidad de las fronteras, no necesariamente físicas, y las relaciones interculturales que en torno a ellas, y como consecuencia de las mismas, se producen. Por su parte, Rafael Díaz Maderuelo explora en un avance de su aún inconclusa investigación, la heterogeneidad situacional de las características vitales de los inmigrantes brasileños asentados en el vasto territorio que abarca de Lisboa a Santiago de Compostela y su vinculación con los «enclaves de actuación».

Más problemático se presenta el análisis de las identidades superpuestas y básicamente «desplazadas» que mantienen los «lusomalayos» de Malaca sobre las que reflexiona Brian O'Neill. Este «desplazamiento», como mecanismo de sustitución de un modelo identitario por otro, que genera identificaciones «inciertas y equívocas», muestra, a juicio de O'Neill, la incapacidad de las teorías tradicionales acerca de la identidad unitaria para abordar suficientemente algunos de los procesos ligados a su formación. Son estas mismas insolencias las que llevan a José Luis García, al indagar en la influencia epistemológica de las fronteras administrativas, a rechazar la pretensión ontológica del concepto mismo de «identidad» que, constituido al más clásico estilo idealista, es utilizado como un metarrelato que justifica una visión esencialista de la sociedad. Frente al mismo, afirma José Luis García que «la identidad no tiene más consistencia que la que poseen los acontecimientos».

En este contexto, la recuperación del martillo nietzscheano que lleva a cabo José A. Nieto al vindicar el tratamiento no jerarquizado de las diferencias en los procesos antropológicos, concebidos como «fustigadores» de cual-

quier forma de absolutismo, halla un hábitat propicio que se complementa con la reflexión de Jesús Azcona sobre la relevancia de los sentidos, especialmente el olfato del que se sirven los poderosos para reconocer por su fetidez a los desfavorecidos, en la construcción de los límites sociales. En última instancia, la contundencia de algunas de las reflexiones precedentes justifica plenamente la pregunta de Francisco Sánchez Pérez acerca de si la antropología se mantiene (o no) fiel a los principios que en su día la informaron y le permitieron hallar un lugar propio dentro de las ciencias sociales. De alguna forma, los trabajos de M.J. Devillard, R. Otegui y Jorge Freitas Branco anuncian respuestas a la misma al mostrar nítidos sujetos de conocimiento. Si Jorge Freitas Branco presenta indicios de cómo algunas ceremonias de iniciación están alterando entre los jóvenes berlineses un *status quo* dominado por las dificultades para separar opción política y devoción, Marie J. Devillard halla retóricas comunes en la conformación de una «ilusión identitaria» entre los mineros de Langreo y los «ex-niños de la guerra» que, tras una vida de exilio, retornaron a España

en las últimas décadas. Pero, más allá de la consonancia formal de los discursos, mineros y «ex-niños» revelan mecanismos que nos permiten atisbar cómo se articula el paso de lo local a lo global. Algo en lo que, desde otro punto de vista, insiste Rosario Otegui al poner de manifiesto la dificultad de diferenciar lo público y lo privado en la construcción de tiempo y espacio por parte de mujeres del campo turolense.

En suma, *La mirada cruzada* muestra cómo la antropología sigue respondiendo a las dudas planteadas por F. Sánchez, produciendo conocimientos que intentan explicar y buscar soluciones a los problemas reales de los hombres y mujeres y no meras reificaciones que permiten la autorreproducción académica. Para mayor satisfacción, esta confirmación se lleva a cabo mediante la utilización de un método que, además, permite la apertura de nuevos e inexplorados caminos para la antropología: limpiar los cristales de las gafas que anteceden nuestro mirar para ver cruzadamente con ojos de antropólogos ibéricos que tenemos delante.

Pedro TOMÉ MARTÍN